

## LA COLONIZACION FENICIA EN LA PENIN- SULA IBERICA

(ENSAYO DE FILOLOGÍA APLICADA)

**M**IENTRAS las primitivas tribus, que en las sombras de la prehistoria se abrieran paso por entre las altas cumbres de los Pirineos y la costa hacia la Península Ibérica, estaban luchando una con otra por los terrenos donde pudieran pacer su rebaño; mientras en esa mezcla de los más heterogéneos elementos, que vinieron empujándose, ola tras ola, se echaba los primeros cimientos de lo que más adelante hubo de ser el alma española con toda su policromía—en aquella remotísima época, milenio y medio antes de Jesucristo, ya visitaban buques ágiles las amables costas meridionales de la Península, para llevar de allí metales valiosos y otros preciosos productos a los mercados de la patria lejana, a Tiro, a Fenicia.

Los fenicios que habitaban el angosto litoral que se extiende entre las faldas del Libanón y el Mediterráneo (análogos a los filisteos que se habían apoderado de la llanura entre el mar y la montaña de Judá), ocupaban en aquel entonces el primer lugar en las actividades náuticas del mundo antiguo; eran los ingleses del Oriente. Como tales, y a medida que se extendían sus relaciones comerciales, movilizaban todo el genio de su raza con el fin de establecer una red sistemática de colonias ultramarinas. Encontramos las huellas de su afán colonizador no sólo en el cercano Chipre, sino también en casi todas las islas del Mar Egeo. No les animaba el propósito de conquistar tierras; bastábales fundar, en lugares apropiados de la costa, sus «factorías», muchas de las cuales fueron el germen de conocidas ciudades. De ahí, intermediarios que eran, hacían pasar al interior sus propios productos (el más importante y más beneficioso de los cuales, sin duda alguna, fué el alfabeto), llevándose, en cambio, materias primas que necesitaba su ya desarrollada industria. Cuando los griegos, discípulos dóciles de maestros imponentes, empezaron a sobrepajar a los fenicios en el Mar Egeo, éstos se dirigieron más hacia el Occidente; por la vía de Malta y Sicilia llegaron hasta el Africa septentrional, y allí encontraron base naval y comercial suficiente, no sólo para colonizar la costa sur de la Península Ibérica, sino también para penetrar al interior de ella, muy en contraste con sus costumbres generales y por motivos que más adelante se explicarán;

y hasta tenían la osadía de pasar más allá del Estrecho de Gibraltar, hacia la inmensidad del Océano Atlántico, donde su temeridad desenfrenada, haciendo frente a todos los peligros del mar, les llevaba por el sur hasta las costas de Guinea, y por el norte, hasta las islas británicas y el Mar Báltico.

Sobre estas navegaciones aventuradas—a las cuales, dicho sea de paso, correspondía por el otro lado un bien asegurado comercio continental hasta el mismo corazón de Asia—no tenemos noticias más fieles y más ilustrativas, y, a la vez, más al alcance de todos, que las descripciones extensas y las alusiones ocasionales, esparcidas en la Biblia, tanto en sus libros narrativos, como en sus partes poéticas. Para darse una idea de la situación imperial de las ciudades fenicias, y especialmente la de Tiro, no tiene uno que hacer más que leer, por ejemplo, el capítulo 23 de Isaías o el 27 de Ezequiel. Es allí que se habla de «Tiro la coronada, cuyos negociantes son príncipes y cuyos mercaderes, los nobles de la tierra».

En los muchos pasajes bíblicos que a Tiro se refieren, se menciona un sinnúmero de veces un nombre que en relación con nuestro epítafe cobra un interés especial: Tharsis.

«Tharsis»—muchas veces también «Tarsis»—es la transcripción griega, usada en la Septuaginta, del bíblico «Tharshish». A esta forma hebrea corresponderá en el dialecto arameo-fenicio la forma «Tartiss», la que, por su parte, sería congruente con la denominación griega «Tartessos». Esta designación geográfica se aplicaba, como lo demuestra cualquier atlas histórico, a la región de la embocadura y el valle del río Baetis, hoy Guadalquivir; de modo que el antiguo Tharsis corresponde más o menos a la Andalucía de hoy... Como testimonio curioso de esta teoría, que es la generalmente aceptada, podrá considerarse la existencia de un pueblecito situado en el poniente de Sevilla, el que hoy día aun se llama Tharsis. Respecto al origen de la denominación Tharshish-Tartessos, es la opinión general que ella se debe a los Turtos, familia de tribus ibéricas primitivas, de filiación asiática, y que en la época romana ya estaba dividida en Turdulos y Turdetanos.

La identificación de Tarsis con el sur de la Península Ibérica se hace más evidente aún al estudiar la trascendencia comercial de esa colonia para la metrópoli colonizadora. Ezequiel (27, 12), enumera cuatro metales que de Tarsis se traían a las ferias de Tiro: plata, hierro, estaño y plomo; y justamente son estos metales la principal riqueza de aquella región y el motivo determinante que no sólo en la época fenicia han hecho del sur de España un centro de atracción para la codicia comercial. Res-

pecto a la plata en especial, puede decirse que aparte de ser extraída de las minas de Tarsis, fué además elaborado allí hasta cierto punto; pues, nos habla Jeremías (10, 9) de «plata extendida» que hacían venir de Tarsis para obras de arte. No menor era la importancia de Tarsis en el ramo de la joyería; la «piedra de Tarsis» que figura en las visiones de Ezequiel (10, 9), y Daniel (10, 6), debe haberse destacado por su brillo y color (1).

Si aparte del valor industrial de estos productos tomamos en cuenta aquella inclinación a la suntuosidad, que parece formar parte integrante del carácter oriental, no tiene nada de extraño el hecho de que en el curso del tiempo pasara Tarsis a ser la más importante de todas las colonias fenicias (tal vez la única que merece llamarse colonia en el sentido moderno de la palabra), y como tal diera origen al establecimiento de un servicio marítimo regular que probablemente incluía todos los puertos del Mediterráneo. Cuando se le ocurrió al profeta Jonás huir de la palabra de Dios a Tarsis, no tuvo que hacer más que ir a Joppe (actualmente Jaffa) donde «halló un navío que partía para Tarsis» (1, 3), tal como de aquí uno va a Valparaíso en la seguridad de poder embarcarse allí para Europa. Más detalles sobre este servicio encontramos en el Libro de los Reyes (I, 10, 22), donde se nos dan noticias de una flota que el rey Salomón hacía correr junto con la de Hiram, rey de Tiro: «Una vez en cada tres años venía la flota de Tarsis...» Ciertamente, del cargamento enumerado más adelante, se desprende que esa pasaba mucho más allá del propio Tarsis, quizás hasta las Costas del Oro y del Marfil, pues «traía oro, plata, marfil, simios y pavos». Más todavía: en el curso del tiempo, el término «Tarsis» perdió toda su precisión geográfica y fué el resumen de la lejanía en general, algo parecido a nuestro «Ultramar» (2). Asimismo, las famosas «naves de Tarsis» no eran buques que exclusivamente hiciesen el viaje a esa provincia, sino que eran todo un tipo de construcción naval, veleros rápidos «que vuelan como nubes y como palomas a sus ventanas» (Isaías, 60,8); y así se comprenderá que en el Libro de los Reyes (I, 22, 49)

(1) La identificación mineralógica de esta piedra no está bien aclarada; en otras partes de la Biblia se traduce ese término por «topacio», «jacinto» y «bello»; y en Ezequiel (28,13), donde se da una lista completa de las piedras preciosas que pasaban por las manos de los mercaderes fenicios, se traduce «tarsis» por «crisólito».

(2) Así se comprenderá mejor el versículo de los Salmos, 72,10, donde se habla de «los reyes de Tharsis y de las islas.»

(3) Efectivamente, sólo la Biblia, a pesar de que su mundo geográfico es relativamente limitado, se refiere a media docena de Cades y Quedes; y hasta hoy, los árabes llaman a Jerusalén «Al-Cuds».

se habla expresamente de «naves de Tarsis», destinadas a pasar, no hacía el Occidente por el Estrecho de Gibraltar, sino por el Mar Arabe hacia el Oriente, a Ophir, tal como nosotros no titubearemos en llamar «Transatlántico» a un vapor que zarpe, por ejemplo, de Génova para ir a Australia, viaje en el cual no verá ni siquiera una sola gota de agua atlántica.

Una vez puesto de relieve, en líneas generales, el papel preponderante que el sur de la Península Ibérica desempeñaba en el comercio antiguo, nos corresponde tratar en particular las más conocidas de las colonias establecidas ahí por los fenicios.

Como la más famosa, figura generalmente Cádiz, aunque no podrá ser la más antigua, pues está ubicada al otro lado del Estrecho de Gibraltar. Para algunos, ese nombre es un derivado de «Cades», denominación semítica que significa «santuario» y que se aplicaba a muchos lugares del antiguo Oriente (3). Pero esta explicación, por muy sencilla y casi seductora que parezca, no resiste una prueba seria. Pues, los romanos llamaban a la salida atlántica del Estrecho de Gibraltar «Pontes Gadirides», de lo cual se deduce que la forma original de «Cádiz», según la oían los romanos, era «Gadir», nombre que más exactamente se pronuncia «Gadeir». Este nombre no sólo es idéntico con el de Agadir, puerto atlántico de Marruecos, sino también se encuentra con mucha frecuencia en los países bíblicos (véase, por ejemplo, Josué 15, 36), y en el Nuevo Testamento (S. Marcos, 5, 1) se habla de todo un pueblo llamado «Gadarenos». El significado original de «gadeir» es «cierro, seto», y en un sentido más amplio, «lugar abrigado, vallado». La aplicación de este término en el caso nuestro se aclara, si echamos una mirada a un plano de Cádiz y sus alrededores. Pues, está situada Cádiz en una larga y angosta lengua de tierra que separa de las aguas abiertas del Atlántico una pequeña bahía, la Bahía de Portales, casi hasta cerrarla por completo. Tras las colinas de esa lengua de tierra, en las aguas tranquilas, que más parecen pertenecer a un lago calmoso que al Océano, es donde los navegantes fenicios encontraban abrigo contra las tempestades de la alta mar; ese era su «vallado», a cuyo amparo podían descansar y prepararse para viajes nuevos.

Acabamos de mencionar el Estrecho de Gibraltar. En este estrecho, que debe su nombre a una época mucho más reciente, la de la conquista árabe, hay, sin embargo, rastros de la navegación fenicia. Por cierto, la estatua colosal del Dios Melcarth (algo semejante al Coloso de Rodas), que dominaba la salida al Atlántico desde el cabo que actualmente se llama «Punta de

Europa», ya ha desaparecido por completo (1); pero en cambio se han conservado los nombres que dieron los fenicios a aquellas dos rocas que en la ideología greco-romana pasaron a llamarse «las columnas de Hércules». Llamábase la roca septentrional «Calpé», y la de la costa africana, «Abila», término de cuya imagen fonética ha quedado una huella en la denominación actual de «Punta-Almina».

Con respecto a la etimología del término «Calpé» (y de voces fenicias en general) hay que anotar que por falta de documentos literarios que nos permitan formarnos una idea completa del vocabulario fenicio, no tenemos otro remedio que atenernos al hebreo y al aramaico, con los cuales el dialecto cananeo-fenicio coincide en más del noventa por ciento de las pocas raíces que se han conservado en inscripciones, monedas, etc. Ahora bien, tenemos en el hebreo bíblico la voz «kelapot», que quiere decir «hacha». El mismo significado lo tiene la forma más reciente «keluph» y el aramaico «kulba». De ahí se deduce una raíz «kalaph» con el significado «ser agudo, afilado». Además, existe tanto en el hebreo como en el árabe la raíz sinónima «jalaph», a la cual se afilia en hebreo el sustantivo «jalaph», «cuchilla», y en árabe «jalph», «filo de hacha». El correlativo fenicio sería directamente «calpa» o «jalpa», de lo cual fácilmente se derivaría «Calpé» (2).

El uso de tal término para caracterizar la roca de Gibraltar queda muy justificado, porque esa roca es un peñasco estrecho de varios kilómetros de largo, de nivel igual por toda su extensión, y que no sólo en su punta sur, la «Punta de Europa», sino también por todo el largo de su falda oriental está precipitándose casi perpendicularmente al mar, por lo cual presenta por ese lado el aspecto de una cuchilla o un hacha enorme.

No nos parece demás dedicar también algunas palabras a la punta Abila, no obstante estar situada en el continente africano. «Abila» nos hace pensar en el famoso monte Ebal de la Biblia, nombre que manifiestamente (Deut. 11, 30) data de la época prehebreá, o sea fenicio-cananea, y cuyo significado es «macizo, gordo» (3).

(1) Una descripción detallada de esa estatua se encuentra, por ejemplo, en Oliveira, Historia de la Civilización Ibérica, Introducción, pág. XLII.

(2) La jota de los idiomas semíticos es una letra muy gutural, la que al pasar a otros idiomas frecuentemente se convierte en la paladial K, como por ejemplo en «alcachofa», derivada del árabe «al-jarshaf».

(3) Es digna de atención la circunstancia de que ese monte Ebal también tiene su hermano gemelo, que es el monte Gerizim, cuyo nombre igual, que el de Calpé, tiene parentesco con una raíz que significa «ser agudo» y de la cual se derivan las siguientes voces: en hebreo «garzén», en el neo-púnico

Pero volvamos a ocuparnos de las ciudades fundadas por los fenicios en la costa sur de la Península. Entre ellas, las más conocidas, aparte de Cádiz, son Málaga, Baelo, Suel, Abdera y Carteia.

Malaga, anteriormente «Málaca», no ofrece ninguna dificultad desde el punto de vista filológico; proviene de «malca» que es reina«. ¿Qué reina? Tomando en consideración las costumbres orientales, no podemos pensar en un homenaje rendido a una reina terrestre (algo análogo a «Queensland» en Australia), sino tenemos que inclinarnos a la opinión de que debe tratarse de la «reina del cielo», «malcat-samim». Esa «reina» figura también en la Biblia como divinidad oficial de los pueblos cananeos, lo cual se evidencia por las palabras de Jeremías (7, 18; 44, 17 sigui.), quien censura severamente a sus compatriotas por las orgías paganas a las que en aquel tiempo se entregaran. La «malca» era la luna y, bajo el nombre de «Astaroth», diosa del amor y la fecundidad; y como tal, bien la correspondía un santuario en medio de la fértil región de Málaga, igual que para Melcarth, protector del comercio y dispensador de las riquezas de esta tierra, no podía encontrarse lugar más apropiado que la puerta del Atlántico.

Quedando así de manifiesto la influencia teocrática en la vida del antiguo Oriente, no nos equivocaremos mucho, si en el nombre de Baelo, ciudad ubicada un poco más allá del Estrecho, buscamos una reminiscencia de Báal, aquel *Báal* que, según indica su nombre, se dejaba venerar como «dueño» y «propietario» de todo este mundo, y cuyo culto, difundido por todo el Oriente en miles de variaciones locales, siempre fué combatido por los profetas como prototipo del culto ajeno. Como divinidad específicamente fenicia aparece en el Libro de los Reyes (I, cap. 18), donde se relata la guerra exasperada que el profeta Elías hizo a su culto, implantado en el reino de Israel por un rey cuya mujer era hija del rey de Sidón. A ese lugar predominante que ocupaba Báal en el panteón oriental, se debe la costumbre de aplicar su gran nombre también a seres humanos y a lugares; así encontramos, por ejemplo, a un hombre llamado «Báal» en las Crónicas (I, 5, 5), y en una inscripción cuneiforme de Assurbanipal, lista de veintidós reyes que le eran tributarios, figura expresamente un «Báal» rey de Zurru» (Zurru, en asirio,

---

«aguelzim»; voces ambas que significan «hacha»; y en árabe «g'uráz», lo que quiere decir «espada muy afilada». La analogía es demasiado patente, para que pueda considerarse como mera coincidencia.

es Tiro (1). En el terreno geográfico, la Biblia nos ofrece los ejemplos de Báal y Bealot (Josué 15; 9 y 24); en este último creemos encontrar la analogía exacta de nuestro «Baelo».

Suel y Abdera, igualmente despiertan asociaciones de ideas religiosas. Pero para mantenernos fieles al método seguido hasta ahora, empecemos también aquí por establecer el estado lingüístico de las cosas, para pasar en seguida a lo que de ello se desprende respecto del mundo ideológico de los fenicios. «Suel», originalmente, debe haber tenido la forma «Shu-El», forma análoga en su composición a la más conocida de «Beth-El». «El» con mayor exactitud «Eil», quiere decir, «poderoso», y con tal significado servía de nombre a una divinidad común a todas las culturas semíticas (a pesar de que la Biblia más tarde lo monoteizó por completo). «Shu», en forma absoluta «Shua», es una voz aramaica que significa «roca, peña»; «Shu-Eil», por consiguiente, es la «Peña del Poderoso».

La consagración de piedras a divinidades, con fines de culto religioso, la llamada «litolatría», es uno de los rasgos más genuinos de todas las antiguas religiones orientales. Describir en sus detalles ese modo de venerar a las potencias sobrehumanas, analizar su arraigamiento esencial en todas las religiones del antiguo Oriente, y, en fin, descubrir su influencia en la vida espiritual del mundo greco-romano, pasaría los límites trazados a este ensayo; aquí bástenos mencionar los dos más conocidos representantes de esta especie de objetos sagrados: la «Eben-shatiya», piedra fundamental del templo salomónico y encima de la cual se alza hoy día la Mezquita de Omar, y la «Káaba» de los mahometanos en la Meca, ambas piedras negras de tamaño considerable. Como costumbre patentemente cananea se menciona el servicio «del árbol y de la piedra» en Ezequiel (20, 32); y la historia del origen de Beth-El, a través de toda tendencia monoteizadora un capítulo de la más pura litolatría, nos pinta con toda sencillez la ceremonia que se usaba para la santificación respectiva. Pues, al despertarse Jacob de su sueño, en que su cabeza, había reposado en una piedra místicamente animada, por lo cual le habían aparecido visiones divinas, «tomó la piedra... y alzóla por título, y derramó aceite encima de ella (Gén. 28, 18). Algo semejante habrá sido el Shu-El fenicio en la costa sur de la Península Ibérica; no habrán faltado a los navegantes fenicios motivos para celebrar, con todo el ceremonial religioso, el feliz término de un viaje que de su

(1) Con mayor frecuencia se nos presentan nombres *compuestos* con «Báal», el más conocido de los cuales será «Hanní-Báal», nombre que en los países de habla española persiste aún hoy día en la forma reducida de «Aníbal».

puerto natal les llevara hacia las costas rocosas del sur de España.

Además, era costumbre dar a esas piedras sagradas nombres propios, entre los cuales «Ab-addir», «Padre Poderoso», era el que más se usaba. Creemos no faltar mucho a la verdad histórica al afirmar que la colonia Abdera (hoy día Adra, al este de Málaga) debe su nombre a un tal Ab-addir (1).

El antiguo Carteia, empero, que ocupaba una posición bien abrigada en el fondo de la bahía de Gibraltar, se afilia a una raíz mucho más prosaica. Pues, la voz fenicia «cartha», y así con leves variaciones fonéticas en todos los idiomas semíticos, quiere decir «ciudad», se entiende, ciudad fortificada, o sea, el centro urbano de toda una región o de todo un país. Aparece esta voz en la geografía de la antigua Asia Occidental no sólo en muchas formas compuestas, de las cuales anotamos aquí Tigranocerta, en Mesopotamia, y el bíblico Kiriath-arbá (Gén. 23, 2), sino con mayor frecuencia aun en forma absoluta, por ejemplo Cartán y cerca de ella Cartha (Josué, 21; 32, 34), ambas ciudades situadas en el norte de la Palestina prehebraea, es decir, en su parte más cananea (2). Asimismo, los nombres de Cirta, ciudad en el territorio libi-fenicio, y Cartennae, colonia fenicia en la costa mauritánica, arrancan de esa misma raíz. También el plural «karioth» se conoce como denominación geográfica; de Amos (2; 2) conocemos un Karioth ubicado en Moab, mientras que en Josué (15, 25) se cita bajo este mismo nombre una ciudad en el territorio de la tribu de Judá (3). La forma correspondiente en el dialecto fenicio-aramático sería «Karthaya», lo cual basta para explicar el nombre Carteia.

La labor colonizadora de los fenicios en la costa sur de la Península Ibérica fué la base de la situación preponderante en la que más tarde se colocaron los cartagineses en toda la mitad meridional del territorio ibérico, situación que persistía aún, cuando Tiro, la «Madre Patria», ya había pasado por su apo-

---

(1) A propósito, estamos con la opinión de que la ciudad Abdera en la costa macedónica debe su nombre a igual circunstancia. Por cierto, sabido es que los fenicios no lograron fundar colonias en las costas continentales del Mar Egeo; pero muchas de sus ideas religiosas pasaron, sin embargo, al continente europeo, entre ellas no sólo la litolatría como tal, sino aun sus mismos términos técnicos, como lo comprueba, por ejemplo, el término «bastuli» (piedras sagradas al culto), que es un derivado directo de «Beth-El».

(2) Para los Tiro, «Cartha», sin otra determinación, era naturalmente Tiro; de ahí se deriva el nombre de su diós Melcarth, que es «Melk-Carth», «Rey de la Ciudad».

(3) Es ésta la ciudad natal de Judá Ish-Karioth, del «hombre de Karioth» o sea «kariothense».

geo. Pero debemos ocuparnos aquí de Cartago, no sólo porque fielmente continuaba la obra de Tiro y aun considerablemente la ampliaba, sino también porque su mismo nombre vuelve a aparecer en el de Cartagena, ciudad fundada por los púnicos cuando el sol de su grandeza ya se iba poniendo, y llamada por los romanos «Carthago nova»

Para la explicación del nombre «Carthago» podemos referirnos a lo expuesto arriba respecto de Carteia. Pues, la forma original de «Carthago» es «Cartha hadastha», lo que quiere decir «Villa nueva»; y estaba ubicada la ciudad en la vecindad de Utica, que significa «la antigua». Esa clase de denominaciones geográficas parece haber sido de uso general en el antiguo Oriente; justamente en el documento fenicio más antiguo que ha llegado hasta nosotros, se menciona una colonia de Sidón en la isla de Chipre, la que también se llamaba Cartha-hadashta, y en Libro de Josué, al cual tendrá que recurrir siempre quien quiera formarse una idea sobre la geografía del antiguo Canáan, se registra un «Hazor-hadatta», lo que equivale al término romano «Castra nova» (1).

Si de esta manera la Cartago fenicia fué por su nombre la precursora, no sólo de todas las Neápolis con las que más tarde los griegos cubrieron el vasto campo de sus actividades colonizadoras, sino por ello también del sinnúmero de las Ville-neuve, Villanova, Newtown, Neustadt, Nowgord, etc., que hoy día están desparramadas por todo el mundo, queda claramente evidenciado que el término «Carthago nova» representa un pleonasma de la más alta ley, pleonasma que se explica solamente por la mutilación que el nombre «Carthahadashta» sufrió al pasar al latín, y la que obscureció por completo su verdadero sentido.

De las colonias fundadas por los púnicos (o, según dicen algunos, por los mismos fenicios), en el interior de la Península, incluiremos en este ensayo sólo a Córdoba y Sevilla, que son indudablemente las más conocidas de todas. La forma original de «Córdoba» se ha conservado, mejor que en ninguna parte, en el árabe, donde esa ciudad se llama «Cúrtuba»; y puesto que en el aramáico la voz «curtha» es corriente como variante de «cartha», parece muy aceptable que «Cúrtuba» originalmente se descompusiera en «Curth-tuba». El sustantivo «tuba» se traduce generalmente por «lo bueno» o «el bien»; pero esta versión es muy restringida, pues «tuba» se aplica tan-

---

(1) Hasta se menciona ahí una ciudad llamada sólo «Hdashá», «la nueva», forma análoga a Utica, la vieja.

to en el sentido objetivo a la buena calidad, como en el subjetivo a cualquier sensación agradable, tanto a la belleza como a la alegría; es el resumen de los bienes de todo un país (Gén. 45, 18), y, a la vez, de toda la magnificencia divina (Ex. 33, 19); en una palabra «tuba» es fortuna y bendición en cualquier forma imaginable. Y efectivamente, creemos que «Curth-tuba», «Ciudad de bendición celestial», es una denominación perfectamente adecuada a esa ciudad, al mismo tiempo que da franca expresión a la tendencia exaltadora del pensamiento oriental (1).

Para terminar, dirijamos nuestra atención hacia «Sevilla». Este nombre, en los tiempos de los romanos, tenía la forma de «Hispalis», lo que no será otra cosa que el fenicio «shephelta» (hebreo: «ha-shephelá»), la «hondonada, llanura». Este nombre estaría bien en su lugar, en vista de que Sevilla está situada en pleno corazón de la llanura andaluza. Podrá objetarse, por cierto, que en lo que conocemos de la geografía del antiguo Oriente, no se aplicaba el término «Shephelá» a ciudades, sino sólo a regiones enteras, la más conocida de las cuales es la llanura filisteá, la «Shephelá», propiamente tal de la Biblia. Pero en contrapeso a esta circunstancia notamos que «ramá», término que significa «alturas» y es, por consiguiente, el correlativo exacto de «shephela» en lo que concierne a la extensión geográfica, se aplicaba con mucha frecuencia a ciudades; sólo de la Biblia conocemos siete localidades que llevan este nombre (2). Además parece que el nombre «Hispalis», no sólo se atribuía a la ciudad, sino también a todo el valle andaluz; primero, porque el Guadalquivir se llamaba Baetis, lo que probablemente está relacionado con «bessa» que es la traducción griega de «shephelá»; y segundo, porque los conquistadores romanos usaban el término «Hispania», el que evidentemente se deriva de «Hispalis», como denominación regional que cubría todo el sur de la Península. De ahí se expandió más tarde por el territorio ibérico en general, de modo que hasta hoy día no sólo la historia de unas ciudades, sino el mismo nombre de España nos recuerdan la íntima vinculación que tiene el pueblo español con una raza que, genial, perspicaz y emprendedora, logró echar las bases de la civilización en la Península Ibérica.— A A R Ó N J O E L.

---

(1) No será una mera coincidencia lingüística el hecho de que la ciudad de Medina también lleva el sobrenombre «taba», máxime cuando tomamos en consideración que «medina» es la versión árabe exacta de «cartha». De igual manera, una antigua poesía judaeo-aramaica llama a Jerusalén «Cartha de-shufraya», lo que también significa precisamente lo mismo que «Curth-tuba».

(2) Una de ellas, la que más tarde se llamó, en plural «Ramataim», es la Arimatea del Nuevo Testamento.